



## Espectros del sujeto.

### Aproximaciones desde la teoría política y la estética.

Guillermo Ricca

Una amplia literatura académica pone de manifiesto que la cuestión del sujeto es ardua y un asunto para nada resuelto, ni siquiera para quienes postulan su muerte, acaecida en el ocaso de los grandes relatos legitimadores de la modernidad. No deja de ser llamativo que autores de extracción teórica tan disímil como Emmanuel Levinas, Michel Foucault, Ernesto Laclau, Hal Foster o Slavoj Žižek, se interroguen por el problema de la subjetividad. Es imposible repasar aquí todos estos planteos. Intentaré reconstruir la categoría de sujeto desde el desarrollo de la teoría de Ernesto Laclau y mostrar los vínculos que tiene con problemas de la vieja teoría estética. Este intento es parte de un proyecto de indagación de más largo aliento, en el marco de la teoría estética contemporánea.

En la perspectiva de Laclau, la cuestión del sujeto está en el meollo de la necesidad de dotar de sentido los vínculos sociales ante la sensación de haber perdido para siempre la pertenencia a una totalidad más originaria. De ahí en más, cualquier forma del lazo social es construida de manera contingente. Esta forma de construir el lazo social representa, para Laclau, una oportunidad: la de radicalizar la democracia de cara a las posibilidades de cada grupo por hacerse oír y hacer oír sus demandas. En este debate se entrelazan de manera sorprendente tres líneas de fuerza que atraviesan a la modernidad y la tensionan: una modernidad que se constituye como ámbito de la certeza en el plano del conocimiento, de libertad en lo ético-político y de autonomía expresiva en lo estético.

#### Indecidibilidad, distancia y totalidad: el sujeto según Laclau.

En *Hegemonía y estrategia socialista* Laclau-Mouffe, en un capítulo central, titulado “Más allá de la positividad de lo social” emprenden una crítica y un posicionamiento en relación a la categoría de sujeto. Para estos autores,

*La discusión en torno a esta categoría requiere distinguir dos problemas bien distintos, que con frecuencia han sido confundidos en debates recientes: el problema relativo al carácter discursivo o prediscursivo de sujeto, y aquel relativo al tipo de relación existente entre distintas posiciones de sujeto. Ambos problemas nos interesan aquí. Esta crítica ha tomado básicamente tres formas: la crítica a una concepción de sujeto que hace de él un agente racional y transparente a sí mismo; la crítica a la supuesta unidad y homogeneidad entre el conjunto de sus posiciones, y la crítica a la concepción que ve en él el origen y fundamento de las relaciones sociales (el problema de la constitutividad en sentido estricto)<sup>1</sup>*

En relación a este problema puede reconstruirse la comprensión del sujeto que aparece en los textos de Laclau. Él mismo fija su posición en éstos términos:

<sup>1</sup> Laclau, Ernesto, Mouffé, Chantal, *Hegemonía y estrategia socialista, hacia una radicalización de la democracia*, FCE, Méjico, 2004, p. 155.

*Respecto a esta alternativa y a sus diversos elementos constitutivos, nuestra posición es inequívoca. Siempre que en este contexto utilicemos la categoría de 'sujeto' lo haremos en el sentido de 'posiciones de sujeto' en el interior de una estructura discursiva. Por lo tanto, los sujetos no pueden ser el origen de las relaciones sociales, ni siquiera en el sentido limitado de estar dotados de facultades que posibiliten una experiencia, ya que toda experiencia depende de condiciones discursivas de posibilidad precisas.<sup>2</sup>*

El primer rasgo señalado por Laclau-Mouffe alude a la *discursividad* inherente a toda *posición de sujeto* y el segundo rasgo a otra característica que va unida al primero: su *contingencia*. Con estos conceptos ingresamos de lleno en el problema de cual sea la identidad de este sujeto de posiciones, una identidad que para Laclau, habrá de resolverse *más allá de la positividad de lo social*, es decir, más allá del hegelianismo. En efecto, el mismo Laclau da cuenta de la manera como el romanticismo alemán en general y Hegel en particular encararon el problema de la fragmentación. Problema surgido de una "totalidad orgánica o estructural perdida"<sup>3</sup>. Citando a Hölderlin, estos autores dirán que la respuesta a este problema

*Depende de cómo se conciba esta organización que seamos capaces de darnos a nosotros mismos, que reconduce los fragmentos a una nueva forma de unidad: o bien esa organización es contingente y, por lo tanto, externa a los fragmentos, o bien tanto los fragmentos como la organización son considerados como elementos necesarios de una totalidad que los trasciende.<sup>4</sup>*

El valor de Hegel para Laclau-Mouffe, es que ninguna identidad es cerrada en sí misma, sino que se constituye como transición, relación, diferencia. El problema es que los momentos entre una transición y otra son fijados como pertenecientes a una totalidad subyacente o suturada. En cambio, en una organización contingente, no hay teleología ni lugar para la dialéctica sino que ésta cede su lugar a la "articulación" de elementos diferentes, exteriores unos a otros y dispersos. Como las posiciones de sujeto son siempre interiores a una estructura discursiva, es necesario saber como éstas se constituyen para Laclau.

*"Una formación discursiva no se unifica ni en la coherencia lógica de sus elementos, ni en el a priori de un sujeto trascendental, ni en un sujeto que es fuente de sentido—como en Husserl—ni en la unidad de una experiencia"<sup>5</sup>.* Esto equivale a decir que la articulación entre elementos de una formación discursiva —o, lo que aquí es lo mismo, una posición de sujeto—es posible porque la fijación de sus elementos en momentos nunca es completa. ¿Por qué?

En un importante artículo titulado *¿Por qué los significantes vacíos son importantes para la política?*<sup>6</sup> Dice Laclau:

*Un significativo vacío sólo puede surgir si la significación en cuanto tal está habitada por una imposibilidad estructural, y si esta imposibilidad sólo puede verificarse a sí misma como interrupción (subversión, distorsión, etc.) de la estructura del signo. Es decir, que los límites de la significación sólo pueden anunciarse a sí mismos como imposibilidad de realizar aquello que está en el interior de esos límites —si los límites pudieran significarse de modo directo*

---

<sup>2</sup> Laclau, E. Mouffé, Ch., *Hegemonía...*p.156.

<sup>3</sup> Laclau, E. Mouffe, Ch., *Hegemonía...*p.129.

<sup>4</sup> Laclau, E. Mouffé, Ch., *Hegemonía...*p.130.

<sup>5</sup> Laclau, E. Mouffé, Ch, *Hegemonía...*p.143.

<sup>6</sup> Laclau, Ernesto, en *Emancipación y Diferencia*, Ariel, Buenos Aires, 1996.

*ellos serían límites internos a la significación, ergo, no serían límites en absoluto*<sup>7</sup>.

El límite aquí, nunca es neutral. Supone una exclusión. Como lo dice el mismo Laclau: *“Los límites auténticos son siempre antagónicos”*<sup>8</sup>. Sabemos que la categoría de “antagonismo”, proveniente de Althusser, ocupa un lugar central en la teoría de Laclau. ¿Qué relación puede establecerse entre significantes vacíos y antagonismo? Como el límite del sistema de significación es algo excluido como su absoluta imposibilidad y negación, uno de los primeros efectos de este límite es que introduce una ambivalencia esencial en el interior del sistema de diferencias que este instituye. Por un lado, cada elemento del sistema sólo tiene una identidad en la medida en que es diferente de los otros. Diferencia = Identidad.

Por el otro, sin embargo, todas las diferencias son equivalentes unas a las otras en la medida en que todas ellas pertenecen al lado interno de la frontera de exclusión. Esto quiere decir que la identidad de cada elemento del sistema está constitutivamente dividida: por un lado cada elemento se expresa como diferencia respecto del otro, por otro lado cada elemento cancela su diferencia en la equivalencia con todos los demás, en la medida en que se opone junto a todos los otros al límite excluido. Como bien dice Laclau, esto quiere decir que el fundamento del sistema de significación es negativo y en cuanto tal, *“ya anuncia la posibilidad de un significante vacío—es decir, un significante de la pura cancelación de toda diferencia”*<sup>9</sup>. Con Laclau, podemos preguntarnos:

*¿Por qué este puro ser o sistematicidad del sistema, o—su reverso—la pura negatividad de lo excluido, requieren de significantes vacíos para significarse a sí mismos? La respuesta es que como estamos tratando de significar los límites de la significación—Lo Real, si se quiere, en el sentido lacaniano—, no hay forma directa de hacerlo excepto a través de la subversión del proceso de significación*<sup>10</sup>.

Esta subversión se realiza cancelando las diferencias y privilegiando las equivalencias al extremo, de ese modo el sistema puede significarse a sí mismo como totalidad. Ahora bien, esta significación nunca es completa y no lo es porque es imposible que lo sea. Es decir: la completa cancelación de las diferencias entre los elementos del sistema es imposible; esto quiere decir que estamos ante una falta constitutiva. Vale decir: *aquello que hace posible la significación es aquello que al mismo tiempo la vuelve imposible*. Es importante retener este punto para todo lo que sigue.

Volvamos ahora a la posición de sujeto. Una posición de sujeto es el resultado de una tensión entre equivalencia o diferencia. Habría que agregar: es el resultado de una tensión *contingente* entre equivalencia y diferencia al interior de una formación o regularidad discursiva. Sucede que las tensiones no lo son sólo entre equivalencia y diferencia sino también entre las respectivas posiciones de sujeto que tienden a sobredeterminarse unas a otras. Esa sobredeterminación equivalencial o articulación de los elementos en momentos de una regularidad discursiva, es lo que Laclau llama “hegemonía”. Ahora bien: no cualquier posición de sujeto puede llevar adelante esta articulación, o lo que es lo mismo, no cualquier significante puede transformarse en un significante vacío.

<sup>7</sup> Laclau, E., *Emancipación...*p. 70-71.

<sup>8</sup> Laclau, E., *Emancipación...*p.72.

<sup>9</sup> Laclau, E., *Emancipación...*p.73.

<sup>10</sup> Laclau, E., *Emancipación...*p., 74.

Repasemos los que hemos obtenido hasta aquí. En primer lugar, como ya lo insinuáramos, desde este enfoque no hay lugar para *a priori* constitutivos del sujeto ni del discurso. Al ser toda identidad una identidad fallida y al ser toda constitución una constitución incompleta, las posiciones de sujeto son contingentes y están “sujetas” al juego de las luchas entre equivalencia y diferencia, o lo que es lo mismo, al juego de la “relación hegemónica”. Otro modo de decir lo mismo es que ya no es posible pensar ningún “*locus* desde el cual pronunciar un *fiat* soberano”<sup>11</sup> para instituir un sujeto. Todos los actos de institución política son incompletos, por lo tanto, en las sociedades contemporáneas asistimos a un proceso de “*producción contingente del lazo social y a un descentramiento de la sociedad*”<sup>12</sup>.

Si volvemos ahora al punto que considerábamos retener como más importante, esto es, *la posibilidad de significación de un sistema es también su imposibilidad de significación*, como dice Laclau “*estamos ya en el terreno de la deconstrucción*”<sup>13</sup> Esto significa que los márgenes de indecidibilidad estructural se amplían: las decisiones ya no dependen del contexto (situación), o de acervos cognitivos acumulados (tradición, legado, cultura). Tanto el contexto, como cualquier totalidad discursiva que se nos ocurra pensar aquí, no llegan nunca a determinar la decisión. Es evidente, en todo esto, la huella de Derrida. Laclau mismo cita un pasaje clásico de la literatura deconstructiva para ilustrar este punto: *La voix et le phénomène*.

Derrida muestra como en Investigaciones Lógicas (Logische Untersuchungen) a propósito de la relación entre sentido y conocimiento, el argumento de Husserl se estructura alrededor de dos movimientos sucesivos: en un primer momento Husserl muestra la irreductibilidad del sentido al conocimiento—esto es, que el lazo entre ellos es indecidible—, pero en un segundo movimiento el sentido es nuevamente subordinado al conocimiento por algún tipo de *fiat* no teorizado. Este segundo movimiento, no es por cierto, incompatible con el primero—pero es sólo una de las posibilidades abiertas por la indecidibilidad de la relación entre sentido y conocimiento<sup>14</sup>

Es por eso que se necesita algo que oficie de hiato entre la indecidibilidad y el sentido. Ese algo, es la decisión. Laclau está interesado en mostrar que sólo hay decisión libre en un contexto indecidible: Decisión = indecidibilidad. Como dice Derrida: “*el momento de la decisión, como tal, siempre sigue siendo un momento finito de urgencia y precipitación, puesto que no tiene que ser la consecuencia o el efecto de un momento teórico o histórico...el momento de la decisión es una locura, nos dice Kierkegaard*”<sup>15</sup>. Pero aquí las cosas se complican ya que Laclau considera que el momento de la decisión es también el momento de lo político “si lo político es el momento de una institución radical”. Es oportuno detenerse en este aspecto. Para todos estos autores (Laclau, Žižek, Rancière, Badiou) enrolados en lo que suele llamarse “posestructuralismo francés”, lo político es el momento y el lugar de un acto instituyente, de una ruptura. Es muy significativo en este sentido, el aporte de Jacques Rancière: lo político, no es el acuerdo intersubjetivo alcanzado por el diálogo (Habermas); eso es lo que Rancière llama *police* (policía). Lo político es el “desentendimiento” entre este sistema y algo que irrumpe en ese orden y lo disloca.

Una vez más, retorna el espectro del sujeto, demasiado rápidamente sepultado por la estructura y la post estructura. Dice Laclau:

---

<sup>11</sup> Laclau, Ernesto, Rorty, Richard, Chritley, Simon y Derrida, Jacques, *Notas sobre reconstrucción y pragmatismo*, Paidós, Buenos Aires, 1998, p. 99.

<sup>12</sup> Laclau, Rorty, Chritley, Derrida, *Notas...*p.99.

<sup>13</sup> Laclau, Rorty, Chritley, Derrida, *Notas...*p.99.

<sup>14</sup> Laclau, Rorty, Chritley, Derrida, *Notas...*p. 100.

<sup>15</sup> Laclau, Rorty, Chritley, Derrida, *Notas...*p. 100.

*El problema de la relación entre indecidibilidad y decisión no puede ser planteado correctamente a menos que nos ocupemos de la cuestión del sujeto<sup>16</sup>. Permítaseme referirme a la noción de sujeto que presenté en mi libro *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Para sintetizar la argumentación allí se afirma que el sujeto es la distancia entre la indecidibilidad de la estructura y la decisión<sup>17</sup>*

Esto quiere decir para Laclau que las identidades están *dislocadas* al interior de una estructura, por las razones que ya fueron expuestas en el artículo sobre los significantes vacíos. Esta dislocación no hace más que “mostrar la contingencia radical” de esas identidades. “El momento de la decisión...es el momento del sujeto”<sup>18</sup>. No estamos lejos del Sartre de *El Ser y la Nada*. Laclau mismo se apresura a aclarar las diferencias:

Estoy condenado a ser libre, no porque no tenga una identidad estructural—como sostienen los existencialistas—, sino porque tengo una identidad estructural fallida. Esto significa que el sujeto está parcialmente autodeterminado. Sin embargo como la autodeterminación no es la expresión de lo que el sujeto ya es, sino por el contrario, el resultado de su falta de ser, la autodeterminación sólo puede efectuarse a través de procesos de identificación<sup>19</sup>

En otros pasajes de este mismo artículo que venimos citando, Laclau afirma que tomar una decisión es como “personificar a Dios sin ser Dios”. Esto quiere decir que aunque la identificación nunca se realice sino de manera fallida, aunque el sujeto nunca llegue a autodeterminarse plenamente, no puede menos que perseguir tal cosa. Hay algo espectral en esto; también hay que decir que se instituye desde aquí un horizonte imaginario que pretende encarnar una completud inalcanzable. Por estas razones Laclau considera que

*No es posible suprimir la categoría de sujeto: a lo que apunta es a parte de la estructura de la experiencia. Lo que si se puede es reconstruirla: mostrar sus aporías internas e ineludibles, los opuestos indecibles que la habitan y, de esta manera, ensanchar el campo de los juegos de lenguaje que pueden jugarse con ella.<sup>20</sup>*

Ahora bien, al hacer esto, estamos yendo más allá de la idea de sujeto como posición, sustentada en *Hegemonía...La decisión en un contexto indecible instituye un sujeto: “es el momento de la emergencia del sujeto como algo diferente de las posiciones de sujeto”<sup>21</sup>*

<sup>16</sup> Como se verá, aquí Laclau utiliza la categoría de sujeto en un sentido algo diferente a como lo venía haciendo desde *Hegemonía y estrategia socialista*.

<sup>17</sup> Laclau, Rorty, Chritley, Derrida, *Notas...p.* 111

<sup>18</sup> Laclau, Rorty, Chritley, Derrida, *Notas...p.* 112

<sup>19</sup> Laclau, Rorty, Chritley, Derrida, *Notas...p.* 115

<sup>20</sup> *Ibid*, p. 118

<sup>21</sup> *Ibid*, p. 119

## La teoría estética moderna y el quiebre de la subjetividad

¿Qué relación hay entre todo esto y el sujeto que se le presenta hoy a la teoría estética? Es sabido que la teoría estética está atravesada por el problema del sujeto desde muy temprano. Quizá haya que entender la *Crítica del Juicio* estético de Kant más como una teoría que sutura el abismo entre racionalidad científica y racionalidad práctica, es decir, entre las dos críticas anteriores, que como una piedra fundamental de la filosofía del arte en la modernidad. O dicho en términos de Laclau, sutura del abismo entre conocimiento y decisión. Y este abismo es, en algún sentido, aquel que mencionaba Nietzsche en sus *Ditirambos Dionisiacos*: “Crece el abismo, ¡ay de quien abismos alberga!” El abismo lo es entre una racionalidad a la que el mundo se le presenta como fenómeno de disección y otra en el que se le presenta como indeterminación y libertad. No son pocos los que han visto en la tercera crítica un puente destinado a salvar al sujeto ante la amenaza de ser él mismo subsumido en la disección. Ese puente es a la vez un límite: permite zanzar el abismo y exponer los conceptos del entendimiento y de la razón por parte de la imaginación, esto es reflexivamente, en forma de sentimiento o juicio de gusto. La apuesta de Kant, como bien supo ver Derrida, es que ante lo bello y lo sublime, la máquina de clasificar y diseccionar el mundo se detenga. Frente a lo bello, la ciencia enmudece, dice Derrida. La conclusión de la *Crítica de la Razón práctica*, parece apuntar en la dirección de lo sublime: el cielo estrellado fuera de mí y la ley moral dentro de mí.

Es indudable que mucha agua ha pasado bajo el puente tendido por Kant. Habría que preguntarse si esa agua no se llevó el puente también. De ello da cuenta la estética romántica y quizá, la centralidad de la figura de Fausto. En todo caso, ese abismo que atraviesa al sujeto y a toda la experiencia moderna del mundo, se ha visto reflejado como en un espejo con cierta opacidad, en el arte moderno y en la teoría estética que va de Adorno a Lyotard. Como bien supo verlo Ranciere<sup>22</sup>, la estética moderna, más que una teoría del arte, es la delimitación de un tipo de racionalidad que dice que hay pensamiento allí donde la experiencia misma de la modernidad quisiera encerrar bajo siete llaves las pulsiones y tensiones que la amenazan. Si hay una negatividad fundamental en la modernidad estética, esa negatividad apunta en dirección a una experiencia escindida del mundo y de sí en el sujeto de esa experiencia. Uno de los efectos de esa grieta entre necesidad y libertad es, en gran medida, el mismo arte moderno (desde el Romanticismo hasta la posvanguardia). A decir de Adorno, en la era de su autonomía, el arte está condenado a existir en una aporía constitutiva. De hecho, la misma autonomía expresiva del arte moderno, puede no ser más que la contracara de una libertad anunciada y prometida pero siempre diferida en el todo social. Lo expresivo en arte, siempre es expresión de dolor, supo decir Adorno. El problema del arte autónomo es que su libertad es el reflejo de la falta de libertad en el todo. Pero el arte del siglo XX, a su manera, no siempre de manera agradable, supo vérselas con sus propias aporías. El oscuro arte del siglo XX tuvo la lucidez de ir contra sí mismo.

Tiene razón Laclau cuando dice que la teoría Romántica pensó al sujeto desde lo absoluto. Pero lo absoluto no accede a nuestra experiencia más que de manera fragmentaria y diferida. De ahí la desmedida confianza en el arte y en el sentimiento de lo bello: hay *algo más* que lo que meramente es y se constituye frente al conocimiento como objeto de disección. Ese *algo más* se muestra, destella, en la experiencia estética. En gran medida, la teoría del Adorno maduro, esa que va desde *Minima Moralia* hasta *Dialéctica Negativa* y *Teoría Estética*, vive de esta herencia

---

<sup>22</sup> Ranciere, Jacques, *El inconsciente estético*, Buenos Aires, 2006, del estante ed.

Romántica o Modernista. Lo mismo la estética vanguardista de lo sublime en Lyotard ¿No sucede algo similar con la evolución de la teoría del sujeto en Laclau? “Personificar a Dios, sin ser Dios”, dice Laclau, “horizonte imaginario” que pretende encarnar una “completud inalcanzable”. Más aún, postular el diferimiento del sentido, no es declarar su abolición, sino la imposibilidad de su presencia sin fisuras. Sólo que aquí la desmesura está del lado de la decisión. El sujeto retorna, como fundador de lo que no tiene fundamento: el lazo contingente de lo social. Esa aspiración desmedida del sujeto, la de ser fundamento absoluto, es la sombra que persigue a la filosofía desde Kant. El modo como el mismo Kant quiso resolver la falla entre necesidad y libertad, incluyendo al gusto en la crítica, algo que había rechazado en la época de *Crítica de la Razón Pura*, marca el acta de nacimiento del sujeto de la moderna experiencia estética y de la transformación de la crítica del gusto en filosofía del arte.

Del mismo modo, como haciéndose eco de esa falta que atraviesa la experiencia moderna del sujeto, el arte contemporáneo, ha renunciado a la belleza desde hace mucho tiempo. Es que, como dice Yves Michaud, “*este mundo es exageradamente bello*”. Cunde por todas partes el imperativo de lo bello: desde el diseño de las golosinas hasta el de los cuerpos o los aviones. No hace falta pensar mucho para encontrar en esta dictadura de lo bello instaurada y explotada por la industria cultural, una de las características de la actual producción ideológica como la refiere Zizek. En gran medida, esa producción se asienta como en un pivote, en la performatividad del goce. Algo así como envolver el hueco de lo real con papel de celofán.

Desde la teoría estética contemporánea, Hal Foster ha tematizado mejor que nadie, a mi criterio, los vínculos entre estética y política. Ese vínculo no es otro que aquél que se anuda en el sujeto, entre un interior que busca afirmarse y un exterior que amenaza y hay que poner a distancia. Si para pensar lo político, como dice Laclau, inevitablemente hay que vérselas con este tema, para pensar lo estético en la era de la filosofía del arte, no hay caminos aristocráticos, podríamos decir.

Según Hal Foster hay tres grandes campos de la teoría en los que se evidencian desplazamientos significativos sobre la cuestión del sujeto: La teoría de Lacan, especialmente la primera versión del “Estadio del espejo”, la teoría del otro cultural en Levi-Strauss y las teorías del desarrollo tecnológico vinculadas a la percepción. Estas últimas tienen su acta de nacimiento en un texto fundamental de la Teoría Crítica: *El arte en la era de su reproductibilidad técnica* de Walter Benjamin. El hecho es que, “*a mediados de los años sesenta cada uno de estos discursos había cambiado enormemente*”<sup>23</sup>. Desde Althusser hasta Derrida y Barthes, pasando por Foucault y Deleuze aquello que se estudia es la muerte del sujeto humanista, no su formación. El otro cultural, dejaba de ser salvaje o primitivo y empezaba a contestar en el lenguaje de la teoría, desde Fanon hasta las filosofías de la liberación latinoamericanas. Mientras tanto, el desarrollo de las tecnologías de la información y la comunicación y su invasión de la estructura psíquica había alcanzado un nuevo nivel, allí hay que ubicar la respuesta situacionista de Guy Debord, y la extática de Marshall McLuhan con su concepción proteica de las tecnologías como extensiones del hombre.

Quisiera detenerme en el tratamiento que hace Hal Foster del “Estadio del espejo” en Lacan y de la reacción posestructuralista de los años sesenta. Existe una íntima conexión entre estos desarrollos y el devenir de lo estético en la línea apuntada por Benjamin en su ensayo *Sobre el arte*... Nos dice Foster:

“En El estadio del espejo Lacan sostiene que nuestro ego se forma primeramente en una aprehensión primordial de nuestro cuerpo en un espejo

<sup>23</sup> Foster, Hal, *El retorno de lo real, la vanguardia a finales del siglo*. Madrid, Akal, 1996, p. 212.

*(aunque cualquier reflejo servirá), una imagen anticipatoria de la unidad corpórea que en la infancia aún no poseemos. En este momento infantil esta imagen encuentra a nuestro ego como imaginario, es decir, como encerrado en una identificación que es también una alienación. Pues en el mismo momento en que vemos nuestro yo en el espejo vemos a este yo como imagen, como otro; más aún, normalmente es confirmado por otro otro, el adulto en cuya presencia ocurre el reconocimiento*<sup>24</sup>.

En años posteriores a esta formulación, Adorno en *Minima Moralia*, también desde una perspectiva psicoanalítica propondrá la idea de un sujeto que se vuelve tal como efecto del reconocimiento de otro y de manera mimética: *“Un hombre se vuelve hombre sólo cuando imita a otros hombres [...] En este comportamiento, forma primaria del amor olfatean los sacerdotes de la autenticidad la pista de aquella utopía que podría sacudir la estructura del dominio*<sup>25</sup>. Lo que sigue en el texto de Adorno es su queja ante la jerga de la autenticidad que deja la mesa puesta a la construcción del sujeto fascista o pequeñoburgués. Adorno mira la cuestión desde los ojos de una dialéctica negativa que no se arroga ningún privilegio en términos ontológicos. Esta observación viene a cuento, ya que en la formulación del estadio del espejo por parte de Lacan, como observa Foster

*“esta unidad imaginaria del estadio del espejo produce una fantasía retroactiva de un estadio previo en el que nuestro cuerpo estaba todavía a trozos, una fantasía de un cuerpo caótico, fragmentario y fluido, dado a impulsos que siempre amenazan con abrumarnos, una fantasía que nos acosa por el resto de nuestra vida, todos aquellos momentos de presión en los que uno se siente a punto de estallar. En cierto sentido, nuestro ego está empeñado, primero y ante todo, en impedir, el retorno de este cuerpo a trozos; esta amenaza convierte al ego en una armadura (un término empleado por Lacan) contra el caótico mundo interior y exterior, pero especialmente exterior, contra todos los demás que parecen representar este caos. (Por eso es por lo que Lacan cuestiona el valor de un ego fuerte, que la mayoría de nosotros en la cultura del ego da por sentado)*<sup>26</sup>.

Si bien Lacan no especifica su teoría del sujeto como histórica, *“este sujeto blindado y agresivo no es simplemente cualquier ser en la historia y en la cultura: es el sujeto moderno como paranoide incluso como fascista. Oculta en su teoría hay una historia contemporánea cuyo síntoma extremo lo constituye el fascismo: una historia de la guerra mundial y la mutilación militar, de la disciplina industrial y la fragmentación mecanicista, del asesinato mercenario y el terror político*<sup>27</sup>. Frente a todo esto el sujeto moderno se blindo y se constituye como armadura, contra la amenaza interna (sexualidad, inconsciente), y la amenaza de una otredad externa (para el fascista pueden ser los judíos, los comunistas, los homosexuales, los negros, las mujeres, etc.). Frente a esto Foster se pregunta si este sujeto ha retornado o nunca ha desaparecido. Podríamos dirigir aquí la pregunta al sujeto de la sobredeterminación hegemónica que describe Laclau sobre todo en su versión populista<sup>28</sup>. A este sujeto se resisten los artistas tanto entonces como ahora desde

---

<sup>24</sup> *Ibid*, p. 214.

<sup>25</sup> Adorno, Th, *Minima Moralia*, Madrid, 1998, Taurus, p. 154.

<sup>26</sup> Foster, H, *op.cit*, p. 214.

<sup>27</sup> *Ibid*, p. 214.

<sup>28</sup> Laclau, E, *La razón populista*, Buenos Aires, 2006, FCE, p 266ss.



el artificio de la debilidad o la vacilación<sup>29</sup>. Esa podría ser la especificidad política de algunas neovanguardias tal como se dieron por ejemplo, en la Argentina de los años sesenta y setenta<sup>30</sup>.

Es precisamente en esos años cuando esta visión del sujeto es puesta en cuestión por las teorías Foucault, Barthes-Kristeva y Deleuze–Guattari. El tema es la muerte del sujeto humanista, la muerte del autor. Pero como dice el mismo Foster *“Es un ataque contra el sujeto fascista como indirectamente lo imaginaba Lacan, un ataque llevado a cabo con las mismas fuerzas a las que este sujeto más teme: la sexualidad y el inconsciente, el deseo y los impulsos, la jouissance (el término privilegiado de la teoría francesa durante esa época) que hace saltar el sujeto en pedazos, que lo entrega a lo fragmentario y lo fluido”*<sup>31</sup>. Este ataque es programático en el *Antiedipo* de Deleuze Guattari, donde la figura del esquizo es utilizada en contra del sujeto blindado y más aún contra el capitalista rapaz. Un camino sinuoso ya que el capital prospera en la esquizofrenia. La conclusión de Foster, después de treinta años, es que las fuerzas que determinaron la muerte del sujeto en los sesenta, fuerzas revolucionarias ciertamente fueron liberadas por el capital pues *“¿qué es más radical que el capital cuando se enfrenta a viejos sujetos y estructuras que se interponen en su camino?”*<sup>32</sup>.

En este sentido, recuerda Foster que el sujeto declarado muerto de los sesenta es un sujeto particular que “fingía” ser universal, con lo cual da lugar a la emergencia de lo que hoy llamamos *nuevas subjetividades*. De todos modos, como él mismo señala, sería ingenuo olvidar que este contexto de reconocimiento ha sido descaradamente llamado por Bush “nuevo orden mundial”; es decir que las nuevas subjetividades deben verse en relación con la dinámica del capital, su reificación y fragmentación en posiciones fijas e irreductibles. *“Así, si celebramos el hibridismo y la heterogeneidad, debemos recordar que son también términos privilegiados del capitalismo avanzado, que el multiculturalismo social coexiste con el multinacionalismo económico. En el nuevo orden mundial la diferencia es un objeto de consumo también, como bien saben megacorporaciones como Coca-Cola (Somos el mundo) y Benetton (Colores unidos)”*<sup>33</sup>.

Con esto conectan las visiones de Benjamin y sus transformaciones mediáticas en McLuhan, desde la visión de Hal Foster. De manera sucinta, ya no podemos pensar nuestras relaciones con las tecnologías de la información en términos de una dialéctica *estetización de la política o politización de la estética*. De hecho, Foster piensa que ya en 1930 esa dialéctica era insostenible si en uno de los polos se encontraba el fascismo y en otro el stalinismo que ya había liquidado a las vanguardias rusas. Si en Benjamin el potencial crítico de las nuevas tecnologías de la imagen se combinan con la atención dispersa de una manera “quirúrgica”, como ya lo era en las fantasmagóricas visiones del expresionismo alemán, sintetizadas magistralmente en *Metrópolis*, de Fritz Lang, en McLuhan, la visión de esas tecnologías es proteica: en lugar de operar nuestra percepción, la extienden como prótesis. Pero esta extensión tiene efectos ambiguos: a la vez que borra las

<sup>29</sup> En una polémica reciente desatada en Argentina a raíz de un texto de Oscar Del Barco en el que se cuestionaba éticamente la violencia revolucionaria, un periodista le preguntaba si eso significaba que la revolución era imposible. A lo que Del Barco responde: “Frente a la violencia quizá habría que proponer salidas más vacilantes como Ezra Pound o Celan”. Cfr Foster, Hal, *op.cit*, p. 214.

<sup>30</sup> Cf, Speranza, G, *Fuera de campo, literatura y arte argentinos después de Duchamp*. Barcelona, 2006 Anagrama, pp. 317-412.

<sup>31</sup> Foster, H, *op.cit*, p. 215.

<sup>32</sup> *Ibid*, p. 216.

<sup>33</sup> *Ibid*, p. 216.

distancias entre quien percibe y lo percibido, funciona como escudo frente a lo percibido. Es decir, a la vez que las tecnologías de la imagen extienden el cuerpo, en el mismo acto amputan su implicación. Este sujeto se parece demasiado a un *cyborg* salido de una novela cyberpunk. La pregunta es qué queda en él de sujeto. En otros términos: ¿Es el mundo de las tecnologías de la comunicación una aldea global que desmaterializa los cuerpos o el lugar en el que los cuerpos están violentamente marcados de acuerdo a diferencias de género, raciales o de clase? Foster responde: es, evidentemente, ambas cosas a la vez<sup>34</sup>. Es decir, éste sujeto puede ir repelido por la política hacia las imágenes: ver la destrucción en una guerra transmitida por cadenas de TV y al mismo tiempo destruir lo que registra en esa visión de supermáquina. Salir indemne frente a la destrucción de otros. A ese acto, Foster le llama “retorno parcial de una subjetividad fascista”<sup>35</sup>. ¿Es un retorno o siempre estuvo ahí?

---

<sup>34</sup> Cf. Foster, op.cit, p. 226.

<sup>35</sup> Ibid, p. 226.